

Investigación “Suicidio y mujer vulnerable”

En el abordaje de temas tan delicados como el suicidio, es fundamental comenzar con una reflexión profunda sobre la sensibilidad y el respeto hacia cada individuo implicado. A menudo, los datos estadísticos pueden alejarnos del impacto humano detrás de cada número, sin embargo, en el caso del suicidio, cada cifra representa un doloroso proceso de sufrimiento, una vida perdida y una familia en duelo. Detrás de cada estadística hay un ser humano con una historia única y un sufrimiento que merece ser reconocido con empatía y comprensión.

El suicidio representa un desafío significativo a nivel global, con más de 700,000 muertes anuales y una creciente incidencia entre los jóvenes. Su número ha aumentado considerablemente en España, convirtiéndose en la principal causa de muerte por razones externas. Las estadísticas del Observatorio del Suicidio revelaron que las muertes autoprovocadas superaban ampliamente a las ocasionadas por accidentes de tráfico y homicidios. Y aunque, por razones metodológicas, muchos casos de suicidio puedan quedar catalogados y registrados en otras categorías, se estima que en 2022 causó 4227 muertes, un aumento del 5.6% respecto al año anterior y de más del 11% en comparación con cinco años atrás. Además, se calcula que por cada suicidio consumado hay alrededor de 20 intentos, lo que sugiere que entre dos y cuatro millones de personas en España pueden experimentar ideación suicida en su vida. De este modo, se comienza a dar cuenta de la complejidad del fenómeno, ampliando su radio de alcance e involucrando a muchas más personas.

Los estudios sobre esta tendencia destacan la importancia de evitar caer en trampas simplistas. Por ejemplo, aunque la prevalencia del suicidio es más alta en hombres, las mujeres realizan más intentos, aunque con menor letalidad, con lo cual tendríamos que, si consideramos intentos y actos consumados juntos, las mujeres estarían en mayor representación que los hombres. Esta diferencia subraya la necesidad de un abordaje desde una perspectiva de género y desarrollar estrategias de prevención adaptadas a estas diferencias, pero no podemos limitarnos a eso.

Comprender y abordar el fenómeno del suicidio requiere considerar tanto los conocidos factores de riesgo y los precipitantes, como los de protección. Estos elementos pueden

ser determinantes en la prevención y el abordaje adecuado de esta problemática. Factores como la salud mental, el acceso a recursos de apoyo, el entorno socioeconómico y la calidad de las relaciones interpersonales son cruciales para comprender por qué algunas personas pueden estar más expuestas al riesgo de quitarse la vida, mientras que otras cuentan con mayores recursos para afrontar situaciones de crisis. De ahí también la importancia de un enfoque que trascienda al género y englobe otras dimensiones que puedan estar generando brechas múltiples de equidad. He aquí el valioso aporte que brinda el enfoque interseccional.

La experiencia migratoria puede generar estrés crónico y múltiples pérdidas, exacerbando trastornos como ansiedad, depresión y trastornos disociativos. Una situación administrativa irregular, precariedad laboral y condiciones de vida desfavorables contribuyen a la vulnerabilidad de quienes emigran. Además, las mujeres migrantes, especialmente aquellas víctimas de trata y explotación sexual enfrentan riesgos adicionales de suicidio debido a la violencia de género y la cronificación de la pobreza. Resulta entonces crucial abordar estas inequidades y generar estrategias de intervención específicas que promuevan la salud mental y prevengan el suicidio en estos grupos vulnerables.

Desde hace tres años en Diaconía hemos implementado estrategias de prevención del suicidio dirigidas a grupos vulnerables, destacando la importancia de abordar los vacíos en los enfoques de prevención existentes, que suelen pasar por alto la intersección de diversos factores de riesgo, violencias y discriminaciones múltiples que influyen en este fenómeno. Específicamente, para mujeres víctimas de trata y explotación sexual, se evidencia una correlación significativa entre estas experiencias y el incremento del riesgo de suicidio, subrayando la necesidad de intervenciones focalizadas y sensibles a su situación. Además, en el contexto de solicitantes de asilo y protección internacional, se observa una falta de recursos especializados en salud mental y prevención del suicidio, a pesar de la alta incidencia de violencia y trauma que enfrentan estas mujeres, lo que subraya la urgencia de desarrollar estrategias específicas para abordar sus necesidades. A día de hoy, estamos inmersos en una investigación dirigida a describir condiciones psicosociales asociadas al riesgo de suicidio en los colectivos recién mencionados en situación de vulnerabilidad social, desde un enfoque de interseccionalidad. Nuestro abordaje se distingue por el poseer el prisma de la interseccionalidad para comprender

mejor esta problemática. Al integrar múltiples dimensiones, como género, etnia, situación económica y migratoria etc., estamos generando un panorama completo y detallado que nos permitirá identificar las áreas de mayor vulnerabilidad y, por ende, diseñar intervenciones más efectivas y centradas en las necesidades reales de las personas afectadas.